

## CUARTO COLOQUIO DE INVESTIGACION DE ESTUDIOS DE GENERO

### "CAPERUCITA : ESA DESCOCADA"

Azucena Romo.

Octubre, 1994

La relectura de los clásicos, desde una perspectiva de género, nos hace enfrentarnos no sólo a los grandes mitos culturales elaborados sobre las mujeres y los hombres, plagados, en tanto mitos, de equívocos, sino aún de grandes verdades, aunque verdades a medias.

Pese a que la lista de tales mitos es innumerable, bástenos para el propósito del tema que nos ocupa, mencionar sólo algunos referidos a las mujeres, como es el caso del texto misógino clásico *El amor, las mujeres y la muerte*, de Schopenhauer, en donde apunta que la belleza es el arma de la cual la naturaleza nos dota para poder atrapar a los hombres, y de esta manera, perpetuar a la especie y además poder vivir a costa de ellos por el resto de nuestros días, debido a nuestra condición de adolescentes irredentas; de dicha inmadurez se deriva el que seamos consumistas, mezquinas, envidiosas, superficiales y arrogantes, entre otras muchas "linduras".

Además de la generalizada creencia en nuestra inteligencia de corto alcance, hay quienes señalan nuestra marcada debilidad del sentido de realidad, debido al gran desgaste producido

por una vida volcada, principalente hacia adentro; condición derivada de nuestro específico aparato psíquico, según apunta Santiago Ramírez (1977).

La irritación que nos produce la lectura de tales opiniones, se suma a la perplejidad producida por la forma tan superficial con la cual estos sesudos pensadores nos definen, sin reparar en las condiciones de posibilidad que han constituido esa específica forma de ser de las mujeres, sintetizadas como: proclividad hacia la dependencia y adicción al escapismo o a la fantasía.

Por tal motivo, una de las tareas fundamentales que los Estudios de Género se han impuesto, está el desentrañar, lejos de todo naturalismo o esencialismo, las condiciones culturales que inciden en la construcción genérica de hombres y mujeres.

Los cuentos infantiles son, tal vez, los que más directa y tempranamente influyen en la construcción de la especificidad de las mujeres. A través de la transmisión y repetición de mensajes, en el marco de una cierta concepción del mundo, se desprenden valores posibilidades y actitudes específicas, así como limitaciones, a través de una visión prefabricada de lo que significa ser femenina y exitosa; configurándose, de esta manera, en las mujeres, una "identidad vicaria", al mismo tiempo, que se establecen determinados códigos que desalientan

cualquier posibilidad de transgresión (Cfr. Christina Feldman, 1990).

La Cenicienta representa el cuento de hadas que mayor impacto ha tenido en la personalidad de las mujeres; identificándose con una princesa rodeada de una atmósfera de irrealidad, entre castillos y encantamientos; mundo que constituye el centro de nuestras metas, como ideal que sirve para escapar de la sordidez de una realidad pesada, ordinaria. Salvación que por otra parte, está depositada pasivamente, en el héroe. Aunque Bruno Bettelheim (1981) señala que los niños también se reconocen en la heroína, por mi parte, considero que en caso de que este cuento llame la atención de aquéllos, será por identificación con el príncipe, quien ejerce para ellos la influencia correlativa al de la Cenicienta a través del rol del proveedor, y salvador (tema para otro lugar).

En la Cenicienta confluyen los principales mitos que más han afectado a nuestra personalidad de menores de edad espectantes, configurando lo que podríamos llamar la "identidad de la dependencia"; vigente aún en aquellas mujeres que se piensan liberadas, profesionistas, mujeres "cosmopolitan", "superwomen":

#### 1. El Mito de la Belleza

En donde según el canon establecido a la manera boticelliana, hemos de ser: delgadas, frágiles, débiles, graciosas, y por sobre todas las cosas, jóvenes.

## 2. El mito de la vida rescatada desde fuera

En donde delegamos en el otro la responsabilidad de nuestra suerte, cambiando libertad por seguridad: precio pagado a través de la adopción de cierto tipo de "virtudes", tales como: la bondad, la belleza, la sumisión, la laboriosidad, la entrega, la paciencia, la incondicionalidad, la humildad, entre otras.

## 3. El mito de la felicidad eterna

Lo que equivale a considerar la felicidad como un estado que se otorga como gratificación por una determinada forma preestablecida de ser, es decir, que proviene de fuera y depende de la voluntad de otro; y no como proceso personal, lucha o conquista interior, en la que está en juego la voluntad, el compromiso, la libertad, la imaginación, la creatividad, la alegría.

## 4. El mito del matrimonio heterosexual

Única vía de acceso a la realización de una vida "integral". Basta recordar el triste destino de las hermanastras, las perdedoras de la historia, sin aval y sin pertenencia a otro; éstas quedan ciegas, frustradas, insensibles, "fracasadas en el desarrollo de su personalidad" (B. Bettelheim, op. cit., p. 383), por no cumplir con los parámetros éticos y estéticos establecidos.

5. El mito de la salvación por medio de la autodegradación  
La Cenicienta elige estar en el rincón de la cocina, cerca de las cenizas, el fogón, símbolo de dolor, las impurezas: la autodegradación se constituye en el medio para conquistar la libertad.

6. El mito de la virginidad

Símbolo de la propiedad del hombre sobre la mujer, representada por la zapatilla de cristal, transparente, vulnerable, frágil, estrecha.

El conjunto de tales mitos conforman una especie de senda, camino estrecho, por donde nos dirigimos las mujeres hacia un futuro siniestro. De él no escapan ni aquéllas que cumplen las expectativas éticas y estéticas, prefijados por el orden establecido. Finalmente, todas las mujeres terminamos por compartir el destino de las hermanastras, en tanto frustradas, de una manera o de otra.

1. El mito de la belleza, en el que todas quedamos tarde o temprano atrapadas por los "mass media", nos hace caer en la dinámica del consumismo compulsivo, al tratar de alcanzar los parámetros de la princesa mítica; figura ante la que siempre nos encontraremos empequeñecidas.

2. El mito de la vida rescatada por otro, nos sume igualmente en la frustración, ante la convivencia con un "príncipe" "humano, demasiado humano", ignorante de su eterna rivalidad con la figura del "príncipe fantasma".

3. El mito de la felicidad eterna, sinónimo de amor eterno, sirve sólo para acrecentar nuestra pasividad, inmovilidad, y soledad, conceptualizada como fracaso y muerte, sin reconocer el gran potencial que nos brinda, para convivir con nosotras mismas; olvidando, asimismo, que la felicidad como el amor, son una lucha interior, renovada constantemente, dado que se trata de instancias dialécticas, ubicadas siempre en el límite, amenazadas por su contrario.

4. El mito del obligado matrimonio heterosexual, supuesta culminación de la vida de las mujeres, a través del cual hemos de experimentar nuestra definitiva completitud, borrando nuestra angustia ante la soledad. Obligadas a vivir una sexualidad predeterminada, productiva, deserotizada; es decir, al margen del pronunciamiento de nuestro propio deseo.

5. El mito del dolor, como prerequisite de salvación y redención, nos hunde en el "espíritu de seriedad" e inautenticidad, olvidando con ello el sonido de nuestra propia risa: auténtica vía de liberación.

6. El mito de la virginidad, símbolo de nuestra falta de agresividad sexual, así como de nuestro **satus** de objeto.

Todos estos mitos se conjuntan para formar una identidad inauténtica, ya que conllevan una falsa relación con los otros y con nosotras mismas. Convirtiéndonos las mujeres en peregrinas de un mundo, cuyo caminar se da por "vías muertas", cualquiera que sea el camino que escojamos.

Para Charlotte Dowling, el "Complejo de Cenicienta" que nos aqueja a las mujeres, basado en la ética del débil, configura nuestra personalidad mediocre, asustadiza, cuya actitud fóbica ante el éxito y el riesgo que ello implica, nos lanza a ser las eternas ciudadanas de segunda, "el poder tras la silla", ocultas tras las espaldas del "gran hombre" (1987).

Las eternas cenicientas siguen experimentando la soledad, porque aun cuando hayan logrado la compañía prefijada, estamos vacías de nosotras mismas; carecemos de autoestima, autoafirmación y autodefinición. Viviendo a través de simples premios de consolación , desde los maquillajes y la parafernalia de la moda, que nos permiten simular la personalidad de la "princesa", hasta los utensilios de cocina, en donde el "maestro limpio" reemplaza al "príncipe azul".

En consecuencia, la vida de las mujeres se asemeja a una mascarada, que a fuerza de vivirla, nos insensibiliza sobre el

papel de segunda que interpretamos, sustituyéndonos a nosotras mismas, a través de una identidad mitologizada. Christine Feldman señala, que nuestra vida es una actuación, en donde estamos obligadas a ser "algo" o "alguien", predeterminado; dicha actuación la realizamos aun ante nosotras mismas, en el caso de no tener auditorio. Esta pensadora agrega, que para poder trampear nuestro destino, es necesario inventar nuestro propio libreto, en el que nos permitamos pronunciar la palabra "no", para decirnos "sí" a nosotras mismas; guión inédito, escrito por nosotras mismas, sin parámetros inalcanzables de belleza, perfección y excelencia; asumiendo sólo el papel que podamos ser (1990).

Para Ch. Feldman, no se trata de rechazar las virtudes adoptadas por las mujeres, sin más, sino de aquéllas que se asumen a costa de la autodegradación y renunciamiento de sí, por miedo, debilidad o temor, porque de esta manera, las virtudes se convierten en su contrario, es decir, en antivalores; tal es el caso de la generosidad, de la que las mujeres hacen gala, -siguiendo el ideal de la Cenicienta-, entrega que lejos de ensanchar el alma, la borra, la disminuye. La virtud para serlo, ha de ejercerse en un marco de libertad, dignidad y alegría.

La relectura de la cultura, nos lleva a detectar a nuestro verdugo, al malo de la historia, sólo que éste no es ni el hombre, ni el sistema: está velado en nosotras mismas,



implantado a través de mensajes, a manera de "currículum oculto", en aquello que nos "educó". La resignificación de la cultura nos ha de permitir crear vías de apertura hacia la transgresión de nosotras mismas, para autoeducarnos fuera de la lógica de la dependencia. Lo que equivale a derribar los mito, las barreras de "protección", las múltiples cárceles que nos circundan, para defendernos del horror de mirarnos a nosotras mismas.

Por tanto, hemos de aprender a releer las definiciones impuestas para nosotras las mujeres, según lo que otros consideran nuestra auténtica identidad, como es el caso de Bruno Bettelheim, quien considera que la Cenicienta logra la identidad auténtica en el momento en el que "se quita el zueco, que pertenece al mundo de las cenizas. Al deslizar su pie por la zapatilla-vagina...de esta manera "desempeña un papel activo en la relación sexual, demostrando ser mujer íntegra" (1981, p. 379). Pero, mejor aún, hemos de redefinir las definiciones hechas por nosotras con respecto a nosotras mismas.

La relectura de la cultura nos reserva también, instancias en las cuales apoyarnos para definirnos en términos de identidad auténtica; descubrimientos gratos, entre los que se encuentran ciertos mensajes también ocultos, como es el caso del cuento de **La Caperucita Roja**. Se trata de una historia, que según Bettelheim, es admonitoria; sólo que para él, la trama sólo se

refiere a advertir a la muchachas del peligro que representa el seductor, metaforizado por la figura del lobo. Para nosotros, como después veremos, puede contener una gran carga de subversión, así como de sentido del humor.

El personaje de **Caperucita Roja**, es en cierta forma un personaje contradictorio, en tanto humano. Se trata de una niña, que es identificada por la capa roja, regalo de su abuela, **cuyo color** representa la sexualidad; aunque según Bettelheim, se trata de una sexualidad incipiente. Lo que resulta evidente es que la despliega, la muestra, la usa para recorrer el bosque, léase el mundo, y atraer la mirada del seductor. La madre de Caperucita, por su parte, es la que la envía a ver a la abuela, a atravesar los caminos plagados de peligros, de seductores.

No deja de llamar la atención el papel que las mujeres juegan en esta historia. No se trata de hadas ni de brujas. Su función está relacionada con la donación de la sexualidad, por parte de la abuela, y de la incitación a la práctica de la libertad, por parte de la madre, en donde están en juego tanto el principio del placer, como el principio de realidad.

En cuento al lobo, el seductor, más que a la maldad, nos parece que es el que incita a Caperucita al ejercicio del principio del placer, al invitarla a disfrutar del bosque y de las flores, mientras él se dirige a la casa de la abuela, según

señas precisas recibidas de la misma Caperucita. Podríamos imaginar la sonrisa maliciosa, así como la actitud gozosa, de esta pequeña "enanita", al penetrar en el bosque, y disfrutar del aroma de las flores , cortando tantas como sus brazos pueden abrazar.

Caperucita en todo caso, es el primer cuento con escena de cama, precursora de Madonna, así como el primero en el que el personaje principal pregunta; éste es siempre el que adivina, el que contesta los enigmas, el que reciben órdenes o consignas. Caperucita, cede a la invitación del lobo, quien le pide que se desnude y entre a acompañarlo en la cama; aquélla, lejos de asustarse ante el cambio de la supuesta abuelita, pregunta y pregunta, por esto y por lo otro. Atenta a los sentidos: los ojos, los oídos, el tacto, los dientes, las piernas, los brazos.

A juicio de B. Bettelheim, el que Cenicienta haya cedido a la petición del lobo, e introducirse en su cama, muestra que estamos frente a una heroína "por demás tonta"... "En cualquier caso, no es un personaje con el que uno quiera identificarse" (238).

En lo que a mí respecto, creo que tampoco me identifiqué nunca con Caperucita; pero me hubiera gustado estarlo. Caperucita, que no es buena, sino que se debate entre el bien y el mal, a lo largo de la historia. Caperucita la preguntona. Caperucita

que fue tragada por el lobo y que aunque fue rescatada del vientre de éste, supo antes, arriesgarse. Caperucita de la que se dice resucitó después de este suceso, porque aprendió a usar su libertad. Caperucita, la feita, chaparrita, gordita, a quien lo bailado ni quien se lo quite; la valiente que sabrá vivir la soledad de otra manera, porque al final de la historia no habrá cazador que la acompañe; la que sostiene la lucha interna consigo misma entre el principio de realidad y el principio del placer; la que aprendió a derrocar a sus ancestras. En suma: la no temerosa, la no disminuida, la que ama la vida, la que se afirma enérgicamente.

¡Ojalá que a toda Cenicienta le llegara su Caperucita!

-----

#### **OBRAS CONSULTADAS**

- Bettleheim, Bruno, **Psicoanálisis de los Cuentos de Hadas**, Ed. Grijalbo, Barcelona, 1981
  
- Dowling, Colette, **El Complejo de Cenicienta**, Ed. Grijalbo, 1987
  
- Feldman, Christina, **Woman Awake**, Ed. Arkana, Penguin Book, London, 1990
  
- Ramirez, Santiago, **Infancia es Destino**, S. XXI, México, 1977
  
- Schopenhauer, A. "Las Mujeres", en **El Amor, las Mujeres y la Muerte**, Ed. Bedout, Colombia, 1982